



El franco-afgano Atiq Rahimi gana el premio Goncourt con «Syngué sabour»

Su primera novela relata la opresión que sufren las mujeres afganas

cosas. La elección de Barceló se asume desde el Ministerio como algo inamovible, y será presentado públicamente en los próximos días, pero tampoco se ha pedido a las asociaciones de arte contemporáneo que se impliquen en este punto. Tras comprobar, sin embargo, la buena disposición de Exteriores para un futuro, todos se comprometieron a llegar a la próxima cita con propuestas concretas.

El objetivo es despolitizar la cultura. El sector quieren que el documento de buenas prácticas aprobado por el Gobierno no sólo se aplique en la elección de los directores de museos, teatros y demás instituciones culturales públicas, sino también en la elección de los artistas que nos representen en citas internacionales por medio de un comité de expertos en lugar de a dedo, como hasta ahora. Según las asociaciones de arte contemporáneo, está previsto reunirse más adelante con la responsable de Cultura en el Gabinete de Presidencia, Marifé Santiago.

FUERA DE JUEGO

Fernando Castro Flórez



EL ESTADO CULTURAL

El poder político siempre ha necesitado dejar para la posteridad una imagen y, por supuesto, fijar en el presente un discurso propagandístico que permita, más que nada, que no pase nada de nada. Cada régimen ha buscado lo que necesitaba en el inmenso dominio de aquellos que estaban dispuestos a medrar que son, no nos engañemos, la mayoría.

La ocasión ya no la pintan calva sino rubicunda y rechoncha, a la manera de los angelotes. Si se necesita modernizar una capilla hay tenemos a Barceló peleándose a puñetazos con el barro, si hay que reabrir el Casón tras una era glacial nadie puede poner en duda que el *performance* tiene que ser de este sujeto aunque la cosa consista, de nuevo, en embarrarse. Pero sobre todo, si necesitamos acondicionar la cúpula de la bendita alianza de las civilizaciones es urgente que Barceló deje todo para sacarnos de tamaño aprieto.

Tiene que ir, a bombo y platillo, a la Bienal de Venecia y sus obras servirían para escapar del horror al vacío en la de Sao Paulo. Se prepara, con tenacidad, su ingreso en las sacrosantas salas del Prado porque no podemos permitirnos el lujo de dejar pasar ni un día del año sin celebrar homenajes a este santo y seña del Arte con mayúsculas.

Tengo la impresión de que nos encontramos ante una nueva manifestación del cuento del «traje invisible» del emperador. Lo malo no es que Barceló perpetre sus obras; la culpa no es suya: hace lo que puede. El desastre y el ridículo lo consuman los políticos y sus palmeros, esos mismos defensores de las buenas prácticas que finalmente sancionan las malas artes.

Esa especie de neo-cueva del Drach que ha montado Barceló en Ginebra puede ser el signo de una regresión prehistórica. En pleno siglo XXI, abismados en la crisis, recurrimos a las estalactitas multicolores para sacar pecho diplomáticamente. No me ha sorprendido que se tirara de fondos de ayuda al Tercer Mundo. Nuestro Estado Cultural está así: cavernícola, cortésano, embarrado.



María Isbert, entre Álvaro de Luna y Manuel Alexandre, rodeada de actores y familiares

DE SAN BERNARDO

María Isbert, académica de honor después de ocho décadas sobre el escenario

La actriz, de 91 años, ha participado en más de 250 películas

FEDERICO MARÍN BELLÓN

MADRID. Escena primera, interior día. María se aproxima al escenario a paso ligero, si tenemos en cuenta las circunstancias. Al pasar junto a la butaca de Manuel Alexandre, que es de su quinta (o de su sexta), el actor no puede reprimir una galantería digna de sus mejores personajes. «Huy, ya somos demasiado viejos para piropos», responde al vuelo la hija del mítico Pepe Isbert. Ambos se besan y se funden en un abrazo emocionado, con el auditorio de la Academia de Cine puesto en pie. Ya sobre las tablas, que ha pisado a conciencia durante ocho décadas, la noagenaria intérprete, «miembra» de una saga fundamental en la historia de la actuación en nuestro país, pronuncia un discurso impropio de su edad. Sólo la emoción nubla su privilegiada mente. «¡Cómo sois! ¡Viva España!» son sus primeras palabras.

Familiares, amigos, colegas de profesión... No se puede decir que se los ganó a todos porque ya venían predispuestos, pero ayer la Academia de Cine fue una sola voz de homenaje a una de las maestras del duro oficio de ponerse en la

piel del otro, un «ejercicio de tolerancia» que, como destacó la presidenta, Ángeles González Sinde, «debería ser obligatorio en las escuelas».

«He sido siempre feliz en el teatro y, ahora que soy vieja, lo echo de menos», dijo la protagonista. «Por eso leo en voz alta», confesó, antes de preguntar al auditorio, pura retórica: «¿Estoy bastante bien, verdad?». «A mí me gusta decir la verdad», añadió, «porque en el teatro nos gusta decir la verdad, siempre». Su alocución estaba a punto de terminar: «Os quiero a todos. Os quiero de verdad. No puedo hablar ya más». En ese momento, su hijo Tony, brillante maestro de ceremonias, pidió que subieran al escenario los hijos y nietos de la nueva académica de honor de nuestro cine (hasta doce descendientes había presentes). Juntos se fotografiaron para la historia y para regocijo de los numerosos presentes.

Pepe Isbert quería un chiquillo

Antes, se proyectó una selección de fragmentos de su carrera, intercalada con una entrevista en la que María Isbert demostró su amor por el oficio y por sus semejantes. Supimos

que el gran Pepe «quería que naciera un chiquillo» y que se tuvo que conformar con que la niña tuviera la nariz de su padre. Los vimos juntos, en escenas de «Los ladrones somos gente honrada» y «El verdugo», entre otros títulos. La escuchamos explicar que para ser actriz «lo que tienes que hacer es no ser actriz». La admiramos en trabajos de todas las épocas y estilos, desde «Viridiana» a «Semen, una historia de amor», estrenada hace apenas tres años.

El reportaje incluía las intervenciones de destacados intérpretes, como Antonio Banderas y Concha Velasco. Para calibrar su infatigable filmografía, baste decir que en 1969 hizo siete películas, que apenas ha descansado desde que en 1944 apareciera en «La vida empieza a medianoche».

José Sancho, Álvaro de Luna y Manuel Alexandre también pronunciaron unas palabras en su honor. Este último contó que siempre que trabajaba al lado de María se sentía «en un aprieto». «Es muy difícil que no te borre», explicó el actor, un maestro en eclipsar a cualquier protagonista desde los papeles más pequeños.

